CARACTERIZACIÓN ANALÍTICA DEL LENGUAJE TOTALITARIO. UNA APROXIMACIÓN TEÓRICA SOBRE LA CONSTRUCCIÓN DEL DISCURSO TOTALITARIO¹

AN ANALYTICAL CHARACTERIZATION OF TOTALITARIAN LANGUAGE.
A THEORETICAL APPROACH TO THE CONSTRUCTION OF TOTALITARIAN DISCOURSE

Gonzalo Lorenzo López

Universidad Internacional de La Rioja (UNIR), España

ORCID: 0000-0002-5768-279X

glorenzo@ucm.es

Resumen

Debido a la escasa bibliografía centrada en el lenguaje totalitario, este análisis procura explorar una caracterización práctica. Se ha ensayado justificar su teorización desde la historiografía del totalitarismo, la filosofía del lenguaje y ciertos apuntes teóricos y psicosociales. Se trata de una primera aproximación teórica hacia una concepción analítica del concepto *lenguaje totalitario*. Dado el carácter interdisciplinar de esta tarea, se pretende disgregar los diferentes conceptos que puedan encerrarse dentro de este tipo de lenguaje: los diferentes usos del lenguaje que modifican la percepción de la realidad, la construcción del totalitarismo en una serie de ideas de ingeniería social y ciertas ideas sobre la ideología, la legitimación y la aceptabilidad. Las primeras implicaciones teóricas parten de un modelo básico para satisfacer, en lo posible, un entramado teórico lo suficientemente estable y sólido. Por lo tanto, el objeto fundamental y final de este artículo será, mediante la aportación de unas características que limiten el concepto *lenguaje totalitario*, elaborar un posible método de análisis básico de una estructura ideológica totalizadora. No se tenderá a un estudio sociológico de sus consecuencias sociales.

Palabras clave: Lenguaje totalitario, Totalitarismo, Filosofía del lenguaje, Historiografía, Construcción de la realidad social.

Abstract

Due to the limited bibliography focused on totalitarian language, this analysis attempts to explore a practical characterization. It has been tried to justify its theorization from the historiography of totalitarianism, the philosophy of language and certain theoretical and psychosocial notes. It is a first theoretical approach towards an analytical conception of the concept of totalitarian language. Given the interdisciplinary nature of this task, it is intended to disaggregate the different concepts that can be enclosed within this type of language: the different uses of language that modify the perception of reality, the construction of totalitarianism in a series of ideas of social engineering and certain ideas about ideology, legitimacy, and acceptability. The first theoretical implications start from a basic model to satisfy, as far as possible, a sufficiently stable and solid theoretical framework. Therefore, the fundamental and final object of this article will be, through the contribution of characteristics that limit the concept of totalitarian language, to elaborate a possible method of basic analysis of a totalizing ideological structure. Therefore, it will not tend to a sociological study of its social consequences.

Keywords: Totalitarian language, Totalitarianism, Philosophy of language, Historiography, Construction of social reality.

¹ Recibido/Received: 01/05/2021

Aceptado/Accepted: 07/06/2021

| Introducción |

“Hoy he comprado tres diarios y cada uno cuenta su verdad. ¿Dónde está la verdadera verdad? Antes uno leía el *Pravda* de buena mañana y ya lo tenía todo claro” (Aleksiévich, 2015: 13). Son conocidos los artificios propagandísticos totalitarios y cómo la historiografía ha abstraído la intencionalidad que subyace en ellos. Se trata de estudios que permiten distinguir cómo el lenguaje representa lo privado y público de una sociedad, la fabricación de un entramado lingüístico que desemboca en una ideología, con una razón de ser propia sustitutiva de la realidad, y evoluciona a un lenguaje totalitario (desde ahora, LT). Igualmente, permite señalar una posible construcción social que resulte en un Estado totalitario capaz de contener esa idea como legítima y legal. El propósito de este análisis será definir unas categorías que delimiten el LT, alejándonos de una serie de adjetivaciones particulares, al extraerlo del conjunto del fenómeno del totalitarismo. Por tanto, vamos a analizar qué es el LT y cómo se puede aplicar a una estructura ideológica, expresada por un movimiento dentro de una esfera política, como una herramienta del totalitarismo para imponerse.

¿Cómo analizar un LT dentro de un esquema conceptual de lógica interna autorreferencial? En Estados totalitarios prototípicos, un lenguaje ideológico podría ilustrarse o censurarse por sus consecuencias causales genocidas. Sin embargo, este análisis se remite a sus raíces, no a una evolución prevista. Desde las raíces internas, con un estudio descriptivo de enunciados totalitarios, no parece satisfacerse la disposición del LT antes de constituirse en poder estatal. Si se define una ‘nueva realidad’, la sociedad que vive dentro de ese contexto reformulado encontrará ‘razones’ para determinadas conductas. Para romper ese bucle ideológico hay que volver a la realidad, a la observación de cómo funcionan las cosas en el mundo. Evidentemente, afirmamos la imposibilidad de neutralidad axiológica en este punto de partida.

Searle (2001: 21), ante la problemática de cómo referenciar y confrontar la realidad, propone la teoría de la verdad como correspondencia: “la concepción de que, si una proposición es verdadera, lo es esencialmente porque existe algún hecho, situación o estado de cosas en el mundo que la hace verdadera”. El centro de esta línea de argumentación es afirmar la condición de racionalidad e inteligibilidad del realismo externo. Existen fenómenos independientes a la mente, por ejemplo, la masa, la densidad o las medidas de una cosa, que no dependen de qué modo las piense. Y existen otros fenómenos que no son independientes a la mente: en qué unidades calculamos o medimos. Este concepto se separa de la idea total de construcción social del mundo real, lo que se denomina el *antirrealismo*. Searle escribe que “el dogma básico del idealismo es que [...] hacemos que la realidad tenga que rendir cuentas a nuestras propias representaciones” (2001: 25).

Arendt (1998: 379) señala que “el objeto ideal de la dominación totalitaria no es el nazi convencido o el comunista convencido, sino las personas para quienes ya no existe la distinción entre hecho y ficción”. Es necesario analizar la lógica interna de un pensamiento desde un esquema conceptual diferente, soslayando una colisión ideológica. “Los hechos son condiciones que hacen verdaderas las proposiciones, pero no son idénticos a sus descripciones lingüísticas. Inventamos palabras para constatar hechos y nombrar cosas, pero de esto no se sigue que inventemos cosas o hechos” (Searle, 2001: 31), y así establecer cierta base más sólida: diferenciar la realidad externa y sus

descripciones lingüísticas. Más exactamente, admitir una dimensión ontológica que tienen las cosas, a la que hay que añadir la dimensión semiótica que el ser humano emplea, mediante signos en la filosofía de Peirce, y que utilizamos para transmitir nuestros pensamientos, nuestro conocimiento y nuestra relación con el propio mundo.

Esta correspondencia permite descubrir si los argumentos totalizadores tienen una base errónea o irreal, separadamente de la ética o moralidad del principio rector en el que descansa. Buscar correspondencia a cómo el mundo funciona supone una dialéctica confrontativa o, como mínimo, una apertura del horizonte dialógico del conocimiento (Gadamer, 2005) y de la realidad externa sobre la lógica de ingeniería social de una construcción ideológica, envolviéndose en sí misma. Se protege y legitima al difuminar la línea que separa el hecho de la ficción.

Arendt (1998: 4) reflexiona en relación con que “la comprensión, en suma, significa un atento e impremeditado enfrentamiento a la realidad, un soportamiento de esta, sea como fuere”. Describe la posibilidad de ser fagocitado por un lenguaje terrible de un momento histórico: comprender este escenario dentro de su contexto, al cambio mental que lo posibilita cuando se produce un campo de aceptabilidad social. Mediante el lenguaje se libran auténticas guerras donde las balas se rellenan con palabras y premisas cargadas de intencionalidad en una batalla gramatical, simbólica o psicosocial.

Sin pensamiento, sin idea, no hay decisión, no hay acto. La forma de expresión del pensamiento es el lenguaje, se parte de esta ordenación pensamiento-pasivo y lenguaje-activo y se comprueba que el lenguaje es performativo: el lenguaje funciona como herramienta social que interpreta y transforma la realidad colectiva o individual. El lenguaje es activo, no meramente descriptivo, donde el *logos*, paradójicamente, se perpetúa mediante un sistema de creencias, más que en un sistema de ideas. Como expresaba un sargento de la era soviética rusa (Aleksiévich, 2015: 502): “¿Por qué se retuerce, recluta? Las botas estrechas no existen. Lo que hay son muchos pies deformes por aquí”. Esta aseveración de lenguaje castrense puede advertirnos, como representación metafórica, los límites de la realidad que se imponen a la ingeniería social o, por el contrario, el esfuerzo que la propia ingeniería social hace, por medio del lenguaje, para representarnos percepciones mentales que se impongan a la realidad. Con esta idea en mente, procederemos a procurar construir una teoría del lenguaje totalitario.

| Construcción teórica del lenguaje totalitario |

“Su filosofía negaba no solo la validez de la experiencia, sino que existiera la realidad externa. La mayor de las herejías era el sentido común. Y lo más terrible no era que le mataran a uno por pensar de otro modo, sino que pudieran tener razón” (Orwell, 2005: 92), delibera Winston. Esta idea insertada en el personaje orwelliano resume la reinterpretación y transformación del imaginario social. Se ha desarrollado un proceso de intoxicación mediante el lenguaje. Klemperer (2002) percibe ese virus psicológico dentro de las conversaciones, en un principio banales, que mantenía con sus conciudadanos alemanes durante el régimen nazi. Así la ideología se asienta y modifica

la percepción de una nueva realidad y, progresivamente, como un elemento natural, el poder político emergente consolida su legitimación.

El grupo totalitario no se impone por la fuerza y el terror exclusivamente. Aunque es uno de los motores más eficaces si obtiene forma simbólica, como explicitaba Lenin en 1918 (Aleksiévich, 2015: 12): “Hay que colgar (y digo colgar, para que el pueblo lo vea) a no menos de mil kulaks inveterados, a los ricos... Despojarlos de todo el trigo, tomar rehenes... Y hacerlo de tal manera que ha cientos de verstas a la redonda el pueblo lo vea y tiemble de miedo”. Este grupo adquiere control y un uso diferente del miedo, para buscar un acceso legítimo al pueblo y un camino viable al poder estatal. Si el Estado totalitario quiere legitimarse ante la sociedad, seguirá otro proceso que el de la sola imposición autoritaria, como, por ejemplo, ganando la hegemonía y batalla cultural, según aconsejaba Gramsci (ver figura 1).

El totalitarismo, o su método de expresión, el LT, no deja de ser un sistema de acción política, que usa diferentes coordenadas ideológicas para adquirir un necesario control estatal, a través de una base mínima de legitimación y aceptación por la sociedad. La lógica interna de un LT no se entendería sin establecer el marco de estos procesos, sin delimitar en qué campo de juego impone sus normas. Ahora bien, no olvidemos las limitaciones del lenguaje, al que habría que añadir el contexto bélico, económico, psicológico, sociológico, cultural, histórico, etc., necesarias para entender el alcance del propio LT sin que este se convierta en mero lenguaje propagandístico.

En este punto, es obligado atender al funcionamiento de los conceptos de *lenguaje*, *ideología* y *totalitarismo*, para examinar cómo se construye una realidad social a partir del lenguaje. En cuanto al lenguaje buscaremos, desde la filosofía del lenguaje y la pragmática, herramientas básicas para cimentar esta idea. Será Wittgenstein quién planteará el lenguaje descriptivo o analítico y los juegos del lenguaje. Ambas posturas abrirán dos corrientes de las más importantes dentro de la filosofía del lenguaje, que tomaremos como base.

Analicemos un ejemplo: la proposición ‘está lloviendo’ puede ser comprobada como un hecho de realidad externa, observar que está lloviendo. Vemos un hecho que puede o no ocurrir, determinamos si es falso o verdadero, comprobamos esta realidad y se muestra como proposición. La proposición ‘él está llorando porque está solo’ no puede ser comprobada, el motivo psicológico no es un hecho de refutación empírica, es una comprobación de carácter subjetivo. Es una proposición mal ejecutada. En el *Tractatus*, Wittgenstein promueve un lenguaje analítico, descriptivo, atómico y proposicional. El átomo del lenguaje se corresponde con el átomo de la realidad y establece que el lenguaje ha de describir la realidad de una forma perfecta y comprobable.

Por este motivo, llegará a afirmar la siguiente proposición: “Los límites de mi lenguaje significan los límites de mi mundo” (Wittgenstein, 2009: 105). Esta proposición asevera que el sujeto en sí mismo no pertenece al mundo, es un límite del mundo propio. El yo, más ‘trascendental’ o metafísico, no es parte de la realidad, por lo que el solipsismo está justificado y es “una verdad” (p. 105). Esta forma radical de subjetivismo, el solipsismo, desemboca en que las proposiciones desentrañan cosas, pero no dan solución a los problemas existenciales del ser humano. La diferencia que Wittgenstein muestra en el *Tractatus* entre lo que puede ser dicho y lo que no realza que las únicas proposiciones que se pueden construir son las propias de las ciencias empíricas. La filosofía al final solo

puede marcar los límites de lo que se puede decir con sentido y lo que no, puesto que formula proposiciones que tampoco se pueden comprobar. Tropieza contra los límites del lenguaje al adherirse rigurosamente a los hechos verificables. Al buscar la esencia del lenguaje en la lógica-analítica, finalmente, expresa: “sentimos que aun cuando todas las posibles cuestiones científicas hayan recibido respuesta, nuestros problemas vitales todavía no se han rozado en lo más mínimo [...] De lo que no se puede hablar hay que callar” (p. 137).

Al desbordarse los límites, el lenguaje concebido con arreglo a la descripción de la realidad queda en entredicho por su limitado marco de acción. En *Investigaciones filosóficas* (Wittgenstein, 2009), se propondrá una solución a esta encrucijada. Imaginemos un lenguaje concebido únicamente como descriptivo, solo hablaríamos de lo empírico verificable, pero ¿y si concibiéramos que cualquier ideología es una descripción de la realidad? Aquí subyace el dilema de por qué intentar extraer qué es un LT, cuando la división entre realizar una afirmación y un juicio se desvanece. Esta idea hay que relacionarla con el positivismo y el cientifismo –Comte, Saint-Simon, Fourier–, cuando se postulan disciplinas encargadas de entender al ser humano para gobernarlo mejor. Aunque no sea posible introducir más elementos necesarios para entender esta construcción, al menos hay que mencionar cómo el positivismo alienta la idea de ingeniería social, aportando a la política la idea de estar llamada a mejorar la humanidad, desde parámetros de física social de Comte, el socialismo utópico-científico, el Círculo de Viena o algunos experimentos liberales, por ejemplo. En esta idea, Popper (1991) critica la posibilidad del conocimiento absoluto, que deriva en el diseño de un sistema social perfecto como única opción posible, imponiéndose un *monologar* de carácter impositivo, alcanzando el fin de la historia donde la utopía necesita, al final, de la violencia para triunfar.

Volvamos al uso del lenguaje según Wittgenstein. Unos niños juegan con una pelota y uno grita: ¡Pásamela! En un estricto sentido analítico falta información para satisfacer esta proposición. Sin embargo, la acción no espera una reformulación exacta, el niño con la pelota se la pasa al que grita. La realidad de la acción vertebrada una manera diferente de concebir el lenguaje, no es algo solo estático o descriptivo, pertenece al mundo de la acción. Dentro del contexto se da por supuesto que *pasar algo* es lo mismo que *pasar la pelota*, el lenguaje es quien crea la acción: pasar la pelota hasta las manos del otro. Confirma la inferencia dentro del lenguaje y supone la superación del solipsismo. Nace una necesidad de alteridad y de cierta falsabilidad, que descubre la existencia del mundo y los intereses del *otro*, una concepción que traspasa lo que modela únicamente el pensamiento propio. “En la práctica del uso del lenguaje una parte grita las palabras, la otra actúa de acuerdo con ella [...] Llamaré también *juegos del lenguaje* al todo formado por el lenguaje y las acciones con las que está entretelado” (Wittgenstein, 2009: 171).

Los juegos del lenguaje tienen cuatro características. La primera es la simplicidad, puesto que el juego es una expresión primitiva del uso del lenguaje. Esta primera característica es el remanente del *Tractatus*, el lenguaje describe los hechos mensurables, los ‘datos’ independientes de nuestra mente que podemos corresponder. La segunda característica es que el lenguaje queda conectado a una actividad, se radica en la acción. ¡Pásamela!, y le pasan una pelota, no un ladrillo, no hace falta ser más preciso con el lenguaje porque se incardina dentro de una realidad que está sucediendo. Austin (1982) continuará este proceso hasta afirmar que es el contexto quien marca la referencia, pues no se trata

únicamente de informar sobre algo, sino de realizar algo, los enunciados son performativos, el mismo hecho de expresar realiza algo en la realidad o cambia una percepción de la misma. Una tercera característica es el juego mismo, porque existen reglas, pero estas no son tan rígidas como las de un lenguaje científico y descriptivo, pueden cambiar, son más flexibles y provocan diferentes juegos contextuales. Y, en cuarto lugar, la pluralidad del juego, porque son muchos los usos del lenguaje, la generación de diferentes juegos contextuales. Estos juegos ya no comparten en su esencia un algo común, sino que compartirán ‘parecidos de familia’, “*Familienähnlichkeiten*” (Wittgenstein, 2009: 226). La fuerza de una proposición perdería su significado si es usada fuera del tipo de lenguaje en el que se encuentra.

En otra proposición, Wittgenstein (2009: 185) modifica ese criterio de verificabilidad por el de multiplicidad, que no es fija, y supera así la rígida visión de la lógica del lenguaje. La imagen del juego lingüístico, precedente de la realidad, está conectado a una actividad, te interrogas sobre el significado de una proposición en el interior de un juego lingüístico, que a su vez se encuentra en el interior de una forma de vida. El significado tendrá un nuevo criterio, que no se refiere solo a su correspondencia, sino que tendrá significado en el interior de un juego que evoluciona. Efectivamente, la realidad desborda el lenguaje y puede ser dicha de muchas maneras. Este interior de un juego de lenguaje es lo que llamaremos *contexto* y que se desarrolla mediante la pragmática.

En la pragmática podemos analizar “la conexión entre el sistema lingüístico y los condicionantes cognitivos y sociales que determinan la actividad verbal” (Escandell, 2014: 231). Es la influencia del contexto la razón para interpretar el significado de una proposición y la intencionalidad ‘realizativa’ con que fue producida dicha proposición, la performatividad de los actos del habla (Austin, 1982). Searle propone tres conceptos interesantes: la intencionalidad, la dirección de ajuste y las condiciones de satisfacción; y explica la intencionalidad que prende directamente con el significado de las frases:

El significado de una frase es determinado por los significados de las palabras y la estructura sintáctica de las palabras de una frase. Pero lo que el hablante *quiere significar mediante la expresión* de la frase depende, dentro de ciertos límites, enteramente de sus intenciones (2001: 127).

Para comprender los límites de la intencionalidad son necesarias las condiciones de satisfacción (Searle, 1994). Cuando una intención inmersa en el significado provoca que la mente se relacione de una determinada manera con el mundo, en esa relación, la mente que proyecta la intención se satisface si percibe el mundo representado apropiadamente. Se adecua tanto el contenido de la proposición ‘hoy llueve’ con la realidad que representa, ‘hoy está lloviendo’. El signo y el interpretante coinciden con el objeto.

Al combinar los actos del habla y la intencionalidad, el estado intencional se limita a la cantidad de cosas que se pueden realizar con el lenguaje mediante las direcciones de ajuste: las de mente a mundo, que engloba los actos afirmativos o asertivos y declarativos, pues se pretende adecuar la proposición a lo que sucede en el mundo; y las de mundo a mente, los actos compromisorios y directivos, puesto que modifica la realidad del mundo desde la realización de una proposición. Y las de dirección nula, los expresivos, ya que es la información sobre un estado de ánimo.

De esta manera, es posible desmenuzar enunciados particulares y así enmarcar su articulación dentro de un sistema total. En un contenido explícito, ya sea un lenguaje escrito o discursivo, ya sea simbólico, encontramos un contenido implícito que establece una dirección intencional del LT, un contenido intencional, que busca aceptación y legitimación; una dirección de ajuste, donde se corrobora la realidad declarada por la autoridad legítima, puesto que se crea “un estado de cosas al representarlo como creado” (Searle, 2001: 136). Unas condiciones de satisfacción, que son los juegos dentro de un estado de cosas impermeable, pero moldeable internamente. Y un contexto y aceptabilidad, cuando la narrativa construye materialmente la realidad posibilitando este juego de lenguaje (Faye, 1975), sumado a contextos sociales facilitadores (crisis, guerra, etc.). Y, de esta manera, es posible introducirnos en las diferentes apreciaciones sobre la construcción del entramado del lenguaje en referencia a la ideología totalitaria.

La primera apreciación que se distingue en la ideología totalitaria es que ordena todas sus proposiciones en torno a una idea clave. Limita la forma en que percibimos la realidad, para amoldarla a las necesidades de una visión total que autorice el acceso legitimado al poder. El debate no está solo en cómo de exitosa o no ha sido la forma de inculcar una mentalidad, sino en cómo esos códigos de lenguaje transforman el imaginario social, son un tipo de lenguaje con unas estructuras que configuran una particular manera de actuar social (Klemperer, 2002). El lenguaje, o una determinada forma de comunicación política e ideológica, puede cambiar la percepción de la realidad social (Berger y Luckmann, 2003; Del Castillo, 2001).

Aunar voluntades en torno a unos valores de Estado es básico, al igual que un discurso mítico sustentó el origen del poder –es interesante la tesis de Voeglin (2014) sobre la transmutación de la cosmología religiosa dentro del marco político en la secularización de la modernidad–, buscar ese modélico pasado en el que la sociedad pueda verse reflejada y actuar en consonancia (Weber, 1987). Como disposición primaria tenemos que una ideología es un sistema de creencias. Son creencias que socialmente se comparten y ‘se hablan’, que necesitan de un componente cognoscitivo y psicológico, para definir una identidad de grupo bajo unas representaciones sociales concretas. Su implantación es gradual, siempre que haya unos elementos estables. Y “cuando las ideologías son proyectadas sobre el discurso”, explica Van Dijk (2005: 34), “se expresan típicamente en términos de sus propias estructuras subyacentes, tales como la polarización entre la descripción positiva del grupo endógeno y la descripción negativa del grupo exógeno”.

Van Dijk (1999) compone una tríada sobre la ideología que se complementa interdisciplinariamente: la cognición, la sociedad y el discurso lingüístico. Esta concepción explica cómo pueden sustraerse de la sociedad ciertas ideas y creencias que pueden reorganizarse en representaciones útiles para una ideología totalitaria. Se distingue así entre una ideología de creencias evaluativas y otra de creencias fácticas, facilitando la capacidad de diseñar respuestas verdaderas o falsas. Por ejemplo, Todorov (2008: 41) define, después de una larga implantación del régimen soviético, en qué se convertirá en términos generales el comunista prototípico: “El comunista típico ya no es un fanático, sino un arribista. Está dispuesto a cambiar de convicciones por encargo: a lo que aspira es al éxito y poder personal, no a la victoria lejana del comunismo”.

A los lenguajes totalitarios no les conviene que sus usuarios se manejen en términos de creencias fácticas, sino conformistas y obedientes. Los ideólogos puristas y revolucionarios solo son necesarios en una etapa temprana del totalitarismo. Así la coherencia entre pensamiento y acción se circunscribe a la lógica interna que se establece, no a su corriente puramente lógica del pensamiento. Tanto Hitler como Stalin no tenían adversarios políticos, sino enemigos de la nación aria y traidores a la causa del proletariado, expresado simplificado. Todos los problemas de su ideología eran resueltos con este lenguaje que buscaba la adhesión, la resignación, la separación o la marginación.

Es necesario el uso de un LT a pesar de que no se defina una ideología estricta y estructurada. El primero es más flexible a las necesidades contextuales, más preciso y rápido en la demarcación del disidente que la propia ideología, complementándose necesariamente. Para Faye (1974), la palabra ya no es dialógica, y se transforma en un instrumento de retroalimentación ideológica, impositiva, coaccionadora y manipulativa. Aprovecha las emociones y los miedos de las necesidades contextuales, marca y demoniza al enemigo que no se adhiere por completo, al menos de forma pública. Las condiciones de aceptabilidad de un discurso (Faye, 1975) se relacionan directamente con su eficacia y su carácter performativo en la sociedad. El consenso, provocado por esa eficacia, provee una unificación de conceptos ideológicos y lingüísticos. Se basa en tres pilares fundamentales: el carácter performativo, el efecto que causa la narración de la historia y la topología del discurso.

Ricoeur (2001: 351) propone unos niveles fundamentales de la ideología con arreglo a la adhesión de una dominación legítima y legal. El primero deriva de la distorsión y el disimulo, “producir una imagen invertida de la realidad”. La vida real, la praxis, se falsea por una representación mental imaginada o tergiversada. Platón, en su obra *La República* (2007), destaca que no hay tiranía sin la ayuda de un sofista. Solo el ejército, la imposición por brutalidad, no sirve de nada a largo plazo sin la persuasión, la adhesión a la causa y el uso constante de “figuras y tropos con las metáforas, la ironía, la ambigüedad, la paradoja, la hipérbole” (Ricoeur, 2001: 353). El uso de adjetivos despectivos escapa de la literalidad mediante el uso de la metáfora (1980), cuya función de manipulación ideológica es contaminar el sustantivo del grupo exógeno y provocar una separación ética en la realidad social. Este paso fue profundamente estudiado por Klemperer (2002), el uso de eufemismos facilita la separación mental progresiva de los elementos ‘dañinos’ de una sociedad.

En un nivel más profundo está la función de integración, donde funcionan estructuras de simbología sobre la memoria social. El papel de la ideología para apoyar la autoridad se basa en “difundir la convicción de que esos acontecimientos fundadores son constitutivos de la memoria social y [...] de la identidad misma de la comunidad” (Ricoeur, 2001: 354). La comunidad puede adquirir una consistencia que haga perdurar a la autoridad. La ideología sería una clave para la cognición social, y así desentrañar e interpretar todos los acontecimientos del mundo presente y su historia. Propone, entendido de esta forma, un método de análisis, donde se rastrea una idea en ambos sentidos de la jerarquía de niveles. Desde su distorsión a su función integradora, y desde la ilusión de una idea que da coherencia a la autoridad, a su distorsión.

Utilizar estructuras psicológicas que apelen a las necesidades y unifiquen diferentes grupos en ideas germinales. Emplear su propio lenguaje, metáforas que sirvan para

conceptualizar de manera fácil quién es el enemigo, es una pieza fundamental, a la vez que es un elemento eficaz para la autojustificación con la aplicación, por ejemplo, de una explicación de la historia en términos historicistas, en la que todo sea reorganizado en torno a una historia ‘escogida’, que avale causalmente ese espíritu. A la vez que proponen soluciones salvíficas, donde el liderazgo personal o el partido es el único medio para recuperar las glorias perdidas o crear unas nuevas. Deformar, legitimar e integrar.

Esta mezcla del LT provoca que la ideología apele al proceso cognitivo, de una realidad reinterpretada, y al emotivo. El lenguaje articulado como un pensamiento correcto puede satisfacer la cognición social y, aunque se parta de concepciones o finalizar en derivaciones irreales, el lenguaje es capaz de aunar emociones que mitiguen y desprecien ese impacto que falla en la ideología, intercambiando conceptos como un juego de manos.

Por este motivo, al monarca absolutista, propietario del Estado, sus tierras y súbditos, le falta lo que tiene en abundancia la ideología totalitaria: una idea de ingeniería del orden social, que asimile la voluntad del creador con las voluntades sociales y personales, concentrando los fines propios a un fin mayor. Alfred Hoernle (Rivera, 2011) diferenciaba entre el tirano y el líder totalitario: el primero pretende obtener el poder y conservarlo a toda costa, el segundo pretende ejecutar un plan intelectual, la persecución de una utopía o de una idea que subvierta los parámetros de una sociedad hacia su ‘perfección idealizada’.

Para Linz y Stepan (2011) o Friedrich y Brzezinski (1975), Arendt (1998) o Welsch (2009), el totalitarismo es un Estado cuyo fin se encuentra en sí mismo, en lo social y en lo privado. Existen numerosas definiciones con características que difieren unas de otras, pero nos centraremos en las que ya he enunciado. Añadiremos la negación del pluralismo, su irrefutabilidad, mediante un sistema de control policial, literal o metafórico, donde la propia sociedad también puede ejercer presión contra el disidente. El monopolio tecnológico de los medios de comunicación y propaganda, además de la erradicación legítima de la autonomía propia, por la redentora concepción de un ‘hombre nuevo’, con mecanismos de religiosidad mesiánica que adquiere el totalitarismo. El líder, partido o grupo busca emplear cualquier forma de poder para ver consumada su idea con una forma particular del uso del terror y el miedo, no solo a la amenaza de muerte o de un enemigo interno o externo, también el miedo a ser apartado social o profesionalmente, o a la creación de un estado de permanente incertidumbre. El LT se transforma en una herramienta que supone una ruptura de la comunicación social y pública (Głowiński, 2014). Subvierte las reglas del lenguaje de la comunidad al proponer un marco limitado de formas de relación social controladas, atomizando y reagrupando la sociedad en torno a un lenguaje censor del régimen.

El objeto de este artículo es una aproximación analítica para comprender el LT en sí mismo, para poder diagnosticar, en un entramado o compendio ideológico de un movimiento, si existe un uso del LT. Pero, también, es útil comprender el movimiento de la masa y encontrar cierta racionalidad en el momento histórico, cuando los movimientos totalitarios eran ajenos aún al poder del Estado y, sin embargo, gozaban de gran popularidad social. Son muchas las variables, pero no podemos perder de vista la capacidad del LT, como estrategia inclusiva y exclusiva, para absorber los sueños de una colectividad, confeccionada por individuos impersonales, y relanzarlos hacia un sueño

glorioso que les pertenece como grupo, no como individuos. Aquí es donde el totalitarismo trabaja antes de convertirse en un régimen impulsado por la masa social. La psicología social separa lo que entendemos por multitud, grupos, colectivos, pueblos, etc., y masa, un sujeto colectivo con un objetivo común, pero desconocidos entre sí (Lofland, 2017). El comportamiento de la masa es proclive a ser conducida por el LT al otorgar un gran sentido de unidad, colectividad y adhesión a una idea. Por ejemplo, tenemos el experimento de la Tercera Ola (Klink, 1967), en el Cubberley High School, un instituto de California en 1967. Otros estudios sobre la obediencia y presión del grupo nos los encontramos en los experimentos de Ash o Milgram como los más conocidos. O el controvertido estudio de una profesora de primaria, Jane Elliot, en el año 1968, sobre el racismo. Simplemente se mencionan estos datos para afirmar la complejidad del fenómeno, como se puede leer en numerosos libros de testimonios filosóficos sobre la moral del rebaño, en palabras de Nietzsche. Arendt (2006) propuso la racionalidad como antídoto, pero el ser humano es más complejo y el LT y la manipulación interpelan a instintos ‘racionalizadores’ diferentes.

Utilizar estos conceptos invita a reflexionar en ideas motoras totalitarias, en cómo toman forma para ser digeridas mediante un lenguaje apropiado y se esparcen con facilidad mediante la tecnología. Hay que tener en cuenta que el totalitarismo es un fenómeno contemporáneo, dado que es necesario que al menos dos factores externos converjan: la sociedad de masas y una tecnología de comunicación adecuada. Así, el mensaje puede alcanzar una cota social necesaria para totalizar una idea de una manera eficiente. Y, al conocer estos mecanismos, en torno al uso del lenguaje, los recursos ideológicos y una idea sobre el totalitarismo, podemos sumergirnos en la forma que el LT facilita la integración de una forma de entender la sociedad para ser percibida como legítima, a pesar de su irrealidad, aunque no estrictamente ilógica.

| Un pensamiento correcto pero irreal en una realidad social |

No nos expresaremos en términos estrictos de falsedad lógica, sino en términos de la capacidad de un LT de alcanzar los límites de la propia realidad y traspasarlos, puesto que, al totalizar y negar la alteridad y la falsabilidad, se niega una parte de la realidad y, en sus últimas consecuencias, puede construir una nueva donde esa parte que afirma sea el todo sin el resto de las partes, por lo tanto, irreal.

Wittgenstein procuró construir un lenguaje transparente, libre de ambigüedades, una descripción real y verdadera de la realidad y el mundo tal como es. Existe una identificación de la palabra con su uso y el sentido que una palabra tiene se encuentra en su utilización en un contexto, incardinado en un hecho. Tanto las matemáticas como el lenguaje ordinario parten de la aplicación de unas reglas para tener sentido. El modelo de juegos que propone, el juego y el cálculo, se vinculan igualmente por el uso de reglas, aunque de forma algo diferente: el juego de lenguaje posee unas reglas, un aprendizaje, un uso de esas reglas y la creación de otras nuevas según derive el lenguaje y podamos decir lo que antes no podíamos decir. En este punto es posible establecer una correspondencia con el razonamiento, pero quizás no con la realidad. Un pensamiento correcto, una

proposición deducida correctamente o una operación matemática se desempeñan de acuerdo con las leyes de la lógica. Bertrand Russell definió que de una afirmación falsa se puede deducir cualquier cosa, al desarrollar un pensamiento correcto.

Términos y conceptos totalitarios, tales como *raza*, *clase*, *capitalismo*, *rojos*... se vacían de contenido previo; se rellena con un concepto más fluido que el de la estricta ideología o pensamiento, para realizar igualaciones funcionales que configuran una *realidad creada* con una intención totalizadora. En términos matemáticos sería $a=b$, veamos cómo funciona esta igualación en estos términos matemáticos:

$a=b$		
$a^2=ab$	—————>	<div style="border: 1px solid black; padding: 10px;"> Regla del producto y de la suma para ecuaciones de primer grado: $a \cdot a = a^2$ $b \cdot b = b^2 = a^2$ $a \cdot b = b^2 = a^2$ </div>
$a^2-b^2=ab-b^2$		
$(a-b)(a+b)=b(a-b)$		
$a+b=b$		
$b+b=b$		
$2b=b$	—————>	<div style="border: 1px solid black; padding: 5px;"> $2=b/b \longrightarrow b/b=1$ </div>
$2=1$		

Según las reglas de la inferencia y la admisibilidad, esta suposición matemática carecería de validez. Pero lo que interesa es cómo, a partir de cualquier suposición, se pueden deducir correctamente muchas proposiciones y sin salir de la lógica dentro del propio proceso. Si creamos un contexto donde $a=b$, la realidad puede deducirse de maneras correctas hasta el resultado necesario, aunque sea irreal. Se introduce un ingrediente que corrija elementos legitimadores y, posteriormente, se materializa numéricamente que $2=1$ en la realidad.

Por tanto, ¿es posible afirmar que “los judíos son piojos: causan tifus”, según exponía un cartel de propaganda nazi en 1941? Ya mencionamos el uso de la metáfora. Nos encontramos en un período avanzado del lenguaje nazi, que ya ha alcanzado su capacidad de aceptabilidad y de legitimación como Estado legal. La transformación del concepto judío en la Alemania nazi tuvo un proceso de años, además del antisemitismo europeo previo como caldo de cultivo. Esta equivalencia proviene del desprestigio gradual al que se somete a los judíos, cuando ya en 1920, en el programa de 25 puntos del Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán, se expone: “Solo los ciudadanos pueden beneficiarse de los derechos cívicos. Para ser ciudadano, es necesario ser de sangre alemana, sin importar la religión. Ningún judío puede ser ciudadano” (Hernández, 2010). Nótese el juego del lenguaje entre raza, religión y ciudadanía alega.

Advertimos que el nazismo realiza una afirmación desde un solipsismo colectivo que transforma la realidad, solo los arios somos superiores, o la realidad total es la lucha de oprimidos contra opresores, como otros totalitarismos. Para afirmar este enunciado supremacista, niega la otra parte, la alteridad, a alguien que no es ario, de lo que se deduce

entonces que los judíos son inferiores –cualquier identidad–, incluso los de nacionalidad alemana, puesto que niegan el contexto pragmático, el que presuponen los documentos de nacimiento –construcción de descripciones lingüísticas– y herencia germánica –descripción biológica genotípica, realidad externa–. Se configura una interpretación de opuestos absolutos de la realidad. Se totaliza una idea y se reconfigura la sociedad. La totalización es lo que provoca esa concepción de irrealidad de la propia realidad al enfocarse en un aspecto concreto de ella y conferirle el grado de toda la realidad.

Sin olvidar que la persona y la masa social no es solo un ser cognitivo. Dentro del raciocinio la parte emotiva es fundamental (Damasio, 2014), pues existe un enlace neurobiológico entre razonamiento y emoción, conexión necesaria para que la toma de decisiones asegure, al menos, la supervivencia. El resultado de una emoción no procesada por el razonamiento es la imposibilidad de cristalizarse en un sentimiento bien articulado por el lenguaje (2014), se puede decir entonces que “la tendencia a reducir todo a sensaciones [emociones no procesadas] ha sido devastadora para las formas del lenguaje que garantizan la comunicación, unas formas que se caracterizan por imponer una disciplina y operar mediante afirmaciones que, a su vez, son inamovibles” (Weaver, 2008: 177).

Nos referimos al lenguaje desde un punto de vista fundamentalmente cognitivo, el lenguaje se conecta con el ser mismo, un compendio de racionalidad, afectividad y voluntad inseparables. Al desligar esa parte matemática, puramente lógica del lenguaje, que no siempre es compatible, para reinterpretar realidades, lo cognitivo se satisface con un pensamiento correcto y la emotividad puede tolerar la irrealidad de ese pensamiento por mera supervivencia, contemplada la supervivencia no solo como simple satisfacción de necesidades básicas, comer o beber, también es trascendental la cohesión social, relacionarse y trabajar con otros, que nos ha permitido sobrevivir como especie.

Sin embargo, aún necesitamos acudir a otros mecanismos que faciliten la comprensión del LT. Primero, cómo se construye la realidad social, para comprender las posibilidades totalitarias dentro del campo de acción humana para crear sociedades funcionales. Y, segundo, debido al nacimiento de los Estados-nación –finales del siglo XVIII y, sobre todo, XIX–, surge la necesidad de justificar su composición histórica como identidad cultural de una forma esencialista. Una reconstrucción histórica que empleará el LT para dar razones identitarias al totalitarismo.

| La realidad social y reconstrucción de la identidad pasada |

Al personaje ficticio Winston le parecía subversivo en su sociedad pensar que 2+2 fuera igual a 4 (Orwell, 2005). Como aseveraba su torturador, puede ser igual a 4 o 2, también 3, 5 o 6 a la vez, según las necesidades sociales y coercitivas del régimen. Orwell (1942: 11), al analizar la propaganda nazi, se sintió aterrado ante esta negación de la realidad:

La teoría nazi niega en concreto que exista nada llamado “la verdad”. Tampoco, por ejemplo, existe “la ciencia”: lo único que hay es “ciencia alemana”, “ciencia judía”, etcétera. El objetivo tácito de esa argumentación es un mundo de pesadilla en el que el jefe, o la camarilla gobernante, controla no sólo el futuro sino también el pasado. Si el jefe dice de tal o cual acontecimiento que no ha sucedido, pues

no ha sucedido; si dice que dos y dos son cinco, dos y dos serán cinco. Esta perspectiva me asusta mucho más que las bombas.

Este $2+2=5$ es una representación de un breve sofisma que, como hemos visto antes, es una falacia dentro de la lógica de un argumento que parece tener validez, y que perpetúa una ideología política. Ilustra esos mecanismos de razonamiento, de la naturaleza de la lógica formal, con independencia del objeto al que se quiera aplicar. Pura matemática o tergiversación de la realidad, ¿o es una simple construcción de la realidad? Lo que concebimos como socialmente aceptable en la actualidad, ¿podrían considerarlo como una equivocación dentro de 50 años?, al igual que concepciones de hace 80 años hoy las consideramos como tales. Las complejidades de las construcciones sociales atañen a la pregunta sobre la naturaleza de la moral y la ética en sus propios contextos para entender este tipo de lenguaje.

Berger y Luckmann (2003) interpretan y construyen la realidad de los procesos de vida cotidiana como fundamento desde la sociología del conocimiento. El lenguaje juega un rol integrador dentro de la realidad cotidiana y se convierte en una acción externa al propio sujeto y, a la vez, coercitiva sobre él mismo, obligándole a adaptarse y cumplir unas pautas. Se obtiene la posibilidad de que el sujeto se desenvuelva en las experiencias de su vida y estas son permanentes objetivaciones del mundo que hay alrededor. El lenguaje tipifica esas experiencias que son incluidas en unas categorías más simples, tanto para el sujeto como para los que le rodean. Por lo tanto, esta objetivación de unas experiencias subjetivas puede ser repetida por otros y aplicada a esas mismas experiencias. Podemos construir cuchillos o pistolas, usar piedras o palabras, todo con usos y motivos diferentes, que pueden converger en un solo significado o signo, el arma, convirtiéndose en un signo agresivo y violento cuando se hace daño a otro o necesario en defensa legítima. Estas tipificaciones lingüísticas serán uno de los pilares para construir la institucionalización y legitimación social de la realidad que posibilita su funcionamiento.

El lenguaje tiene la capacidad de crear vínculos entre diferentes áreas de la realidad de la vida cotidiana e integrarlos en un significado objetivo, que son los universos simbólicos. Se trasciende el presente proyectado hacia cualquier momento y lugar, y se constituye con la cualidad de reactualizarse y actualizar el mundo donde es proyectado. Y cuando esto sucede y vincula esferas de realidad diferentes puede ser comprendido como un símbolo.

La postura de Searle (1997) es en principio algo diferente. Tenemos hechos físicos y hechos mentales, que requieren una intención del sujeto. La manera de interrelacionarse estos dos tipos de hechos es la asignación de funciones dentro de los hechos sociales y colectivos, con la capacidad de crear realidades institucionales. Tomaremos el ejemplo del fenómeno del dinero que usa Searle para dar una explicación de la construcción de la realidad institucional. En la primera fase del dinero era necesario poseer mercancías valiosas para el intercambio: tenían valor intrínseco, como animales, plantas, pieles... Más tarde, el oro y la plata, que reciben un valor como función impuesta, sin embargo, una moneda de oro valía lo que valiera su peso, la cantidad de metal que tuviera. El dinero evoluciona por la necesidad de no poner en peligro el oro cuando se transporta, ponerlo en un lugar seguro: el banco. Esta entrega una serie de documentos en representación y pasamos del dinero como mercancía al contractual. Más tarde, a la emisión de documentos por encima de la disponibilidad de la mercancía guardada en el

banco y, finalmente, la desvinculación del papel dinero del dinero mercancía. Tenemos una realidad física bruta, el acceso de la mente a esa realidad. Mediante la intencionalidad y su expresión en el lenguaje se puede declarar la ‘creación’ de una realidad social y de hechos institucionales. Y nos organizamos como sociedad respecto a estas construcciones que todos aceptamos.

Es Émile Durkheim (1988: 68) quien definirá primero el hecho social como “todo modo de hacer, fijo o no, que puede ejercer una coerción exterior sobre el individuo; [...] que es general en todo el ámbito de una sociedad dada y que, al mismo tiempo, tiene una existencia propia, independiente de sus manifestaciones individuales”. Un hecho social vinculado a la masa instala una gran influencia sobre el individuo, hasta el punto de que “una situación singular donde el ambiente físico casi ha desaparecido hasta transformarse en paisaje humano, en puro ambiente social” (Javaloy, Espelt y Rodríguez, 2007: 655). Este proceso puede adquirir dos procesos psicosociales sobre el colectivo interesantes: la identidad social, cuando el individuo tiene el conocimiento de pertenencia a un grupo social, con el significado emocional y evaluativo que viene asociado (Morales *et al.*, 2007) y la ignorancia pluralista, que “consiste en inhibir la expresión de una actitud o emoción porque se piensa que la mayoría no la comparte, aunque en realidad no sea así” (p. 816). A pesar de que no se esté de acuerdo en todos los rasgos identitarios de un grupo, el miedo a ser marcado socialmente por no coincidir con lo políticamente correcto de cada momento histórico de una sociedad influye en el acatamiento de ciertos principios. Este es el peso de crear un hecho social institucional objetivo, como, por ejemplo, declarar que los judíos son infrahumanos, como condición para institucionalizar, y legitimar legalmente su amontonamiento inhumano y forzado en guetos; erradicar las clases burguesas opresoras del leninismo-marxista o extirpar a los ‘rojos’ como un virus antiespañol; es decir, ideas germinales tales como razas, identidades o ideologías absolutizadas de manera indeterminada, para alcanzar una única visión parcial totalizadora. Esa legalidad es de enorme importancia para los totalitarismos, el control y la apariencia de legalidad (Arendt, 1998). Esta es la fuerza que puede tener un LT como una herramienta constructora de una realidad social para un movimiento totalitario.

Sin embargo, hay que tener cuidado al usar estas teorizaciones sobre la construcción de la realidad, que pueden tender al idealismo constructivista. Berger y Luckmann (Corcuff, 1995 y Lamo de Espinosa *et al.*, 1994), al exponer una realidad objetiva, están idealizando la realidad social como una realidad cognitiva, por lo tanto, obviando los modos más prácticos y prosaicos de la vida cotidiana social; así se percibe esa tendencia al constructivismo. Searle (Guzmán, 1992 y Venables, 2013) afirma que la realidad social es intencional. Parte de una realidad física, pero no todo hecho social puede remitirse a la intención consciente de una mente –individual o colectiva– que se ha convertido en institucional, como ejemplo podemos señalar la crisis del siglo XVII alrededor de los materiales preciosos (Floristán, 2004). La inflación que se creó no fue intencionada y fue estudiada por una serie de teóricos para determinar qué ocurrió. Es un hecho social que supuso una revisión de la economía de manera no intencional. Son posibles los hechos sociales no intencionados de una acción (De Espinosa, 1989).

Dentro de esta construcción social de la realidad, la propia reconstrucción del pasado como identidad, que unifica y se orienta hacia el futuro, es una fuerza histórica que aprovechan los totalitarismos para unificar en un solo espíritu durante un momento de ruptura social, provocada o accidental. Se aspira habitualmente a un espíritu nacional, cohesionador y enardecedor, donde incrustar su ideología y encaminar una historia

narrada que haga aceptable las propuestas ‘salvíficas’, una narración identitaria de carácter historicista. Popper (1957: 23) hizo un análisis profundo acerca del impacto del historicismo sobre los totalitarismos, sobre todo dirigido hacia las dos corrientes más populares de su época: el comunismo y el nazismo. Sintéticamente cree que el historicismo “ve al individuo como un peón, como un instrumento casi insignificante dentro del tablero general del desarrollo humano”.

El historicismo contempla los hechos pasados integrados por un conjunto ideológico que forma parte de “nuestra atmósfera espiritual”. Considera que el movimiento de la historia humana tiene una sedimentación sujeta a leyes de inevitabilidad, absolutamente necesarias: es predecible. La historia del pangermanismo nazi llevó al pueblo ario alemán a una encrucijada del destino donde se preveía un mito de éxito inexorable. Como escribe Popper, una de las formas del historicismo es la doctrina del pueblo elegido, un desarrollo comprensible de la interpretación teísta por la cual “Dios ha escogido a un pueblo para que se desempeñe como instrumento directo de Su voluntad” (p.23).

Dos de las versiones del historicismo que considera Popper son el racismo o fascismo y el comunismo marxista, aunque existen otras versiones o reactualizaciones. “En lugar del pueblo elegido, el racismo nos habla de raza elegida [...] La filosofía histórica de Marx, a su vez, no habla ya de pueblo elegido ni de raza elegida, sino de la clase elegida, el instrumento sobre el cual recae la tarea de crear la sociedad sin clases” (p.25). En ambos casos, la sociedad tanto alemana como rusa se encuentra determinada por una corriente ineluctable. El racismo y el fascismo se tutelan mediante una ley natural, “la superioridad biológica de la sangre de la raza elegida explica el curso de la historia, pretérito, presente y futuro...” (p. 25). La filosofía marxista bajo una ley económica, “la ley es de carácter económico; toda la historia debe ser interpretada como una lucha de clases por la supremacía económica”, siempre dentro de un reduccionismo ideológico e histórico que sirva de ejemplificación.

La objetivación intencional del lenguaje trabaja bajo estas condiciones. Las experiencias lingüísticas –al sumarse las experiencias sociales– contra el grupo o identidad enemiga crean esa nueva *realidad ‘objetiva’*. Segunda esa afirmación subjetivista, bañada de una mitología historicista, que otorga carácter de cruzada cohesionadora, con un uso consciente y mitificador de ‘algunos’ hechos históricos, se convierte en el núcleo nacionalista del pueblo. Es posible que el pensamiento articulado mediante el lenguaje sea correcto, esté bien estructurado. En su negación de las fracciones de apertura y en la exposición de la parte como el todo, confiere al LT de irrealidad. No se busca únicamente la sumisión, sino la adhesión identitaria del pueblo, embarcarlo en una misión colectiva.

Esta construcción histórica de la identidad nos interpela sobre la importancia de la educación dentro de este tipo de regímenes, tanto como herramienta de enseñanza o puro adoctrinamiento social. Las cabezas más maleables de los niños y adolescentes se amueblan en parte con el conocimiento que absorben en el aula escolar y configura una forma de afrontar la realidad social.

De este modo, hemos recorrido diversos mecanismos básicos que nos pueden otorgar una aproximación teórica a una caracterización del LT. A continuación, procederemos a realizar una unificación de este recorrido teórico que nos permita diferenciar y

clasificar este tipo de lenguaje en comparación a otros, marcando unos límites para que no se difumine con usos del lenguaje que podrían observarse como análogos.

| Aproximación a los mecanismos que caracterizan el lenguaje totalitario |

Hemos explorado la forma en que puede funcionar el lenguaje, las consecuencias y derivaciones en la realidad que ocasiona, el entramado que supone la creación y desarrollo de una idea en torno a la que girar y, por último, la absolutización de esa idea totalitaria transmitida mediante el lenguaje dentro de una sociedad, la cual requiere de una identidad muy marcada. El lenguaje es capaz de comprimir y reducir el campo de visión del mundo, cerrar o abrir el pensamiento (Castellanos *et al.*, 2016), a la vez que crea un laberinto de lógicas internas por el cual ese lenguaje se retroalimenta y se corrige dentro de la lógica creada. Igualmente, el totalitarismo es más flexible a las necesidades de la masa social que al individuo, al que presiona para absorberlo, para compartir, para adherirlo a pesar de que pueda haber cierto grado de indiferencia, o marcarlo si propone una divergencia de pensamiento y, sobre todo, de acción política y social.

Podemos deducir que el lenguaje debe satisfacer las siguientes características mínimas para ser totalitario:

1. Es una afirmación intencional de enunciados descriptivos y performativos que se construyen desde el subjetivismo radical, solipsismo, en clave historicista mitificado y con sentido de misión salvífica e, incluso, mesiánica, dentro de un marco político determinado.
2. Una negación de la correspondencia con la alteridad mediante la transformación de la pragmática de un determinado contexto social.
3. Impulsado en una dirección de legitimación por una ideología estructurada, que causa una interpretación flexible de opuestos absolutos sobre la realidad, en busca de legalidad.
4. Como resultado, crea una identidad social colectiva nueva, cohesionada y exclusiva, que pretende suprimir al individuo en favor de su identidad colectiva grupal.

Afirmación, negación, dirección de legitimación y resultado son características que no siguen necesariamente un proceso ordenado, es una mezcla compleja. Se realizan descripciones sobre la realidad, en torno a juicios de verdadero o falso, desde un subjetivismo radical, para conformar cómo se ve o se quiere que sea el mundo desde una única perspectiva, pero desde una pervertida descripción del mismo. Estas descripciones adquieren un carácter performativo, por lo que al enunciarse simultáneamente implica su realización independientemente de la realidad externa y la realidad de los otros, como podemos ver en el amplio recorrido de la ideología nazi, desde la negación de la ciudadanía a los judíos en 1920 en su programa, hasta el tratamiento legal de exclusión y erradicación años más tarde. El mundo se adecua a lo

que la mente describe como mundo y, lingüísticamente, en cuanto a juegos de lenguaje, rompe el conflicto de interpretaciones, la perspectiva de ser dicho de muchas maneras se niega, salvo las apropiadas dentro del juego del lenguaje propuesto alrededor de una idea totalizadora.

Para una comprensión completa de este fenómeno lingüístico hay que considerar aspectos sociales y cognitivos que lo envuelven. Es un tema complejo y extenso que no atañe únicamente a la racionalidad, también a la emotividad, a la psicología individual y colectiva, a la tecnología de comunicación de masas; tengamos en cuenta qué importante fue la radio en la inserción del nazismo dentro de la vida privada (Adena *et al.*, 2015). Este hecho puede servir, a modo de punto de partida, para un futuro estudio analítico y práctico más amplio, puesto que, como afirma Faye (Rádago, 1976: 23) sobre el lenguaje: “muchas veces es difícil percatarse de su acción constante sobre nuestras relaciones reales y concretas”. El motor de la vida misma es nuestra habilidad para comunicarnos, para crear conceptos, modificar realidades y crear sociedades.

| Conclusiones |

En anatomía histórica, la pretensión ha sido tomar el LT del cuerpo histórico de los totalitarismos y examinar su composición teórica para determinar de qué elementos se compone, con la aplicación de ciertas herramientas metodológicas para entender este fenómeno social e histórico desde el análisis. El rescate de este aspecto de la historia es fundamental para comprender uno de los aspectos del totalitarismo del siglo XX, que hoy heredamos.

Esta breve aportación pretende abrir y comenzar a construir una estructura analítica sobre el lenguaje totalitario, sobre todo dentro del campo de la historiografía. Aún queda mucho trabajo por hacer debido a la complejidad del tema, mejorar y ampliar los elementos teóricos mediante métodos que ayuden a consolidar un marco que delimite esta construcción, revisar los elementos aquí planteados y tomar en cuenta nuevos aspectos metodológicos; siempre con el foco puesto en que se trata de una herramienta metodológica para entresacar, de un cuerpo teórico-ideológico, el uso de este tipo de lenguaje.

Al igual que el totalitarismo no siempre consiguiera implantarse, el LT no es condición necesaria para que un sistema totalitario se institucionalice, pero sí puede aparecer a pesar de su fracaso. Habría que observar en qué grado se utiliza y, de ser la forma de comunicarse de un movimiento político, observar qué impacto real posee en la sociedad mediante estudios sociológicos y fuentes históricas, así como un futuro estudio sobre sus consecuencias en la construcción de la realidad social.

La Historia como disciplina es inquietantemente subversiva, altamente turbulenta en la conciencia social. La responsabilidad social del historiador es alta, puesto que la potencia de la Historia para reinterpretar los pasados es enorme. Hay que percibir en los debates públicos y en las conversaciones privadas ese germen del LT que damos como una refriega dialéctica normalizada, pero que desarrolla discursos hijos del totalitarismo. En

el furor de la actualidad política y social, se presencia la enconada oposición y negación al otro más allá de la descalificación propagandística.

Snyder sugiere en su ensayo *Sobre la tiranía* (2017) que nada nos inmuniza contra la añoranza de mesianismos que aportan sesgos de facilidad cognitiva (Kahneman, 2012), criterios intelectuales y sentimentales poco elaborados, con opiniones jerarquizadas por encima de argumentaciones, o la exuberante propaganda digital que apenas permite procesar una crítica pausada. No somos más listos, sigue Snyder, que nuestros antepasados ante los peligros del totalitarismo en nuestras frágiles democracias. Aconseja además que mantengamos la capacidad de reflexionar y de considerar éticamente nuestras acciones profesionales y personales. Al no detectar esos 'juegos del lenguaje' que sutilmente nos precipitan desde un LT, ¿cómo sabríamos si la ética democrática no ha cambiado ya en resignaciones contemporizadoras? ¿Y las matizaciones significativas de la propia palabra democracia va adoptando? "Hay casos en los que se puede aprender más, y de más valor, de la historia de una palabra, que de la historia de una guerra", advertía S.T. Coleridge (1772-1834).

| Referencias |

Adena, M., Enikolopov, R., Petrova, M., Santarosa, V., y Zhuravskaya, E. (2015). Radio and the Rise of the Nazis in Prewar Germany. *Harvard University's Department of Economics, The Quarterly Journal of Economics*, 130 (4), 1885-1939. <https://doi.org/10.1093/qje/qjv030>

Aleksiéovich, S. (2015). *El fin del "Homo sovieticus"*. Editorial Acantilado.

Arendt, H. (1998). *Los orígenes del totalitarismo*. Editorial Taurus.

Arendt, H. (2006). *Eichmann en Jerusalén*. Producción Editorial Novoprint S.A.

Austin, J. (1982). *Como hacer cosas con las palabras*. Ediciones Paidós.

Berger, P. L., Luckmann, T. (2003). *La construcción social de la realidad*. Amorrortu Editores.

Castellanos, L., Yoldi, D., e Hidalgo, J. L. (2016). *La ciencia del lenguaje positivo: cómo nos cambian las palabras que elegimos*. Editorial Planeta.

Corcuff, P. (1995). *Las nuevas sociologías. Construcciones de la realidad social*. Editorial Alianza.

Damasio, A. (2014). *El error de Descartes*. Editorial Planeta.

De Espinosa, E. L. (1989). El objeto de la sociología. Hecho social y consecuencias no intencionadas de la acción. *Reis: Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, (48), 7-51. <https://doi.org/10.2307/40183460>

Del Castillo, J. G. M. (2001). El estudio de las estructuras mentales. *Odisea, Revista de estudios ingleses*, (1), 81-101. <http://dx.doi.org/10.25115/odisea.v0i1.17>

Durkheim, É. (1988). *Las reglas del método sociológico y otros escritos sobre filosofía de las Ciencias Sociales*. Editorial Alianza.

Escandell, M. V. (coord.) (2014). *Claves del lenguaje humano*. Editorial Universitaria Ramón Areces.

Faye, J. P. (1974). *Los lenguajes totalitarios*. Editorial Taurus.

Faye, J. P. (1975). *La crítica del lenguaje y su economía*. Editorial Alberto Corazón.

Floristán, A. (2004). *Manual de Historia Moderna Universal*. Editorial Ariel Historia.

Friedrich, C. J. y Brzezinski, Z. (1975). *Dictadura totalitaria y autocracia*. Libera Editorial.

Gadamer, H. G. (2005). *Verdad y método*. Ediciones Sígueme.

Głowiński, M. (2014). *Totalitarian speech*. Peter Lang Edition.

Guzmán, V. M. (1992). JR Searle: de los actos de habla a la intencionalidad. Una valoración fenomenologicolingüística. *Revista de filosofía*, (7), 67-98. Dialnet website: <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=900845>

Hernández, Ó. (2010). La Noche de los Cristales Rotos. Una síntesis de los acontecimientos. *Clío History and History Teaching*, 36. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=3697510>

Javaloy, F., Espelt, E. y Rodríguez, A. (2007). *Comportamiento colectivo y movimientos sociales en la era global*. En Morales, J., Moya, M., Gaviria, E. y Cuadrado, I., *Psicología social*. Editorial McGrawHill.

Kahneman, D. (2012). *Pensar rápido, pensar despacio*. Editorial Debate.

Klemperer, V. (2002). *LTI. La lengua del Tercer Reich*. Editorial Minúscula.

Klink, B. (1967). *The Third Wave presents inside look at Fascism*. The Cumberley Catamount, Vol. 11, N°. 14, p. 3.

Lamo de Espinosa, E., González García, J.M y Torres Albero, C. (1994). *La sociología del conocimiento y de la ciencia*. Editorial Alianza.

Linz, J. J. y Stepan, A. (2011). *Problems of democratic transition and consolidation: Southern Europe, South America, and post-communist Europe*. John Hopkins University Press.

- Lofland, J. (2017). *Collective behavior: The elementary forms*. En Rosenberg, M. y Turner, R. H., *Social psychology: Sociological perspectives*. Editorial Routledge
- Morales, J., Moya, M., Gaviria, E. y Cuadrado, I. (2004). *Psicología social*. Editorial McGrawHill.
- Orwell, G. (1942). *Recuerdos de la Guerra Civil española*. Issuu website: https://issuu.com/horativs/docs/03-george_orwell-recuerdos-de-la-guerra-civil-espa
- Orwell, G. (2005). 1984. Ediciones Destino.
- Platón. *La República* (ed. (1988). Editorial Gredos.
- Popper, K. R. (1957). *La sociedad abierta y sus enemigos*. Ediciones Paidós Ibérica.
- Popper, K. R. (1991). *Conjeturas y refutaciones: el desarrollo del conocimiento científico*. Ediciones Paidós Ibérica.
- Rábago, J. (1976). *Los lenguajes de la derecha 2. La Europa totalitaria. Entrevista con Jean-Pierre Faye*. Repositorio Documental Gredos. <https://gredos.usal.es/bitstream/handle/10366/23281/THII~N20~P21-31.pdf;jsessionid=B568CE5617563AEF02641C5643A1F30A?sequence=1>
- Ricoeur, P. (1980). *La metáfora viva*. Madrid: Ediciones Europa.
- Ricoeur, P. (1999). *Freud: una interpretación de la cultura*. Siglo XXI Editores.
- Ricoeur, P. (2001). *Del texto a la acción: ensayos de hermenéutica II*. Editorial Fondo de Cultura Económica.
- Rivera, J.A. (2011). *Lo que Sócrates diría a Woody Allen*. Editorial Espasa.
- Searle, J. (1997). *La construcción de la realidad social*. Ediciones Paidós Ibérica.
- Searle, J. R. (2001). *Mente, lenguaje y realidad*. Alianza Editorial.
- Snyder, T. (2017). *Sobre la tiranía*. Editorial Galaxia Gutenberg.
- Todorov, T. (2008). *El hombre desplazado*. Editorial Taurus.
- Van Dijk, T. A. (2005). Ideología y análisis del discurso. *Utopía y praxis latinoamericana: revista internacional de filosofía iberoamericana y teoría social*, (29), 9-36. Scielo- http://ve.scielo.org/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1315-Ideolog%C3%ADa%20y%20an%C3%A1lisis%20del%20discurso
- Van Dijk, T.A. (1999). *Ideología, una aproximación multidisciplinaria*. Editorial Gedisa.

Venables, J. P. (2013). Hacia una ontología de la realidad social desde la filosofía de John Searle. *Cinta de Moebio*, (48), 115-135. <http://dx.doi.org/10.4067/S0717-554X2013000300001>

Voeglin, E. (2014). *Las religiones políticas*. Editorial Trotta.

Weaver, R. (2008). *Las ideas tienen consecuencias*. Editorial Ciudadela.

Weber, M. (1987). *El político y el científico*. Alianza Editorial.

Welsch, F. (2009). *Paradigmas del Totalitarismo: Nacionalsocialismo y Comunismo*. En KOHN, C. y RICO, R. (Compiladores), *El Totalitarismo del Siglo XXI. Una aproximación desde Hannah Arendt*, Vicerrectorado Académico de la UCV.

Wittgenstein, L. (2009). *Tractatus lógico-philosophicus. Investigaciones filosóficas. Sobre la certeza*. Editorial Gredos.

Figura 1. Ingeniería social para el acceso del poder totalitario al pueblo.

Fuente: Elaboración propia.

| Nota biográfica |

Gonzalo Lorenzo López (1984) se graduó en 2018 en Historia por la Universidad Complutense de Madrid (UCM) y completó en 2019 el Máster Universitario en Formación del profesorado de Educación Secundaria Obligatoria y Bachillerato, Formación profesional y Enseñanzas de Idiomas, por el Centro Universitario Villanueva (Madrid). Ha impartido clases en el centro educativo MM. Concepcionistas de Princesa (Madrid) como docente-tutor (2019). Su línea de investigación en el programa de doctorado de Historia y Arqueología de la Universidad Complutense de Madrid trata sobre 'El lenguaje totalitario en el régimen franquista: aplicación del modelo de análisis del lenguaje totalitario'. Entre 2013 y 2016 se especializó en Lenguaje No Verbal por el Instituto Bodysystemics (Lausanne). Imparte formación y trabaja en asesorías de Lenguaje No Verbal. Ha diseñado la asignatura 'Oratoria. Lenguaje no verbal y puesta en escena' para el Máster Universitario de Retórica y Oratoria de la Universidad Internacional de La Rioja (UNIR), de la que es profesor (2020-2021).